

**Monumento Nacional
De Muir Woods**

. . . No parecen árboles, sino espíritus. Se diría que los valles donde moran son parajes encantados frecuentados por centauros y dioses. Se yerguen con dignidad, pujanza y majestad, como si fueran eternos.

John Masefiel

Poeta Laureado de Inglaterra 1930-1967

Los venados se deslizan silenciosamente por el bosque, así como pequeños roedores — la ardilla gris y la pequeña ardilla listada. El pinzón de Oregón, el tordo y el reyezuelo contribuyen al ruido de la floresta en su búsqueda incesante de insectos y semillas por entre los árboles y la maleza. Los peces se incorporan a la vida del bosque todos los inviernos, cuando el arroyo crece con las lluvias. Cuando las aguas se despejan, la trucha irisada y el salmón plateado remontan la corriente desde el Pacífico para depositar sus huevos en el arroyo.

El oso negro, el oso gris, el puma, la garduña y el alce poblaron Muir Woods antiguamente. Todos estos animales han desaparecido como consecuencia del empuje de la civilización alrededor de la Bahía de San Francisco.

Muchos de estos gigantes ya eran monarcas de los bosques costeros antes de que los exploradores llegaran al Nuevo Mundo. Antes que el hombre occidental, los indios conocieron estos bosques profundos, pero los consideraron lugares inhóspitos. Por qué vivir en el bosque cuando las cálidas orillas del Pacífico ofrecían una vida más fácil?

El drama entre la secoya y el hombre occidental empezó a desarrollarse cuando Gaspar de Portola, por Dios y por la gloria de España, condujo una expedición al norte desde San Diego. A fines de 1769, el Padre Franciscano Crespi descubrió árboles de una especie desconocida en las cercanías de la Bahía de Monterrey y anotó que eran “. . . muy altos árboles de color rojizo . . . se les llama Palo Colorado, debido a su color”.

La secoya fué poco utilizada hasta la época de la fiebre del oro de 1848, cuando aventureros y buscadores de oro llegaron en avalancha a California. La tierra y los bosques fueron puestos en uso inmediatamente para la construcción de edificios y trabajos mineros. Las secoyas de San Francisco fueron las primeras en desaparecer, seguidas por las del Condado de Marín, y otros lugares accesibles de la costa norte. Muir Woods se salvó del holocausto gracias a su aislamiento.

Su futuro permaneció incierto, con cada cambio de propietario, hasta su adquisición por William Kent del Condado de Marín. En 1908, Kent entregó el bosque al gobierno federal, para su preservación en beneficio de todos. La única petición de William Kent fué que el bosque fuese nombrado en honor de John Muir (1838-1914), escritor, naturalista y conservacionista americano.

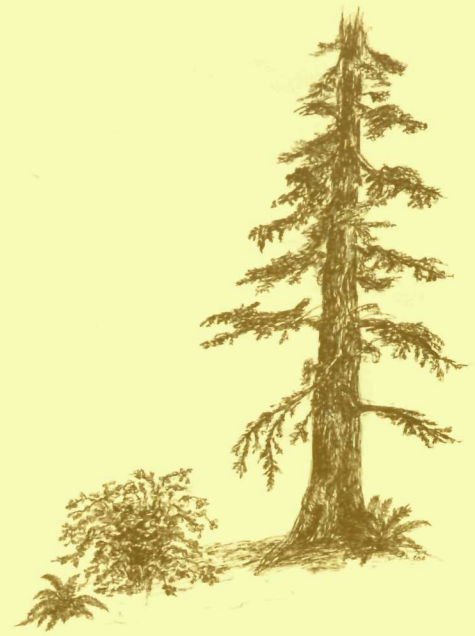
SERVICIO DE PARQUES NACIONALES
DEPARTAMENTO DEL INTERIOR
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Monumento Nacional De Muir Woods

Departamento Del Interior De Los Estados Unidos
Servicio De Parques Nacionales

*John Masefield
Poeta Laureado de Inglaterra 1930-1967*

... No parecen árboles, sino espíritus. Se diría que los valles donde moran son parajes encantados frecuentados por centauros y dioses. Se yerguen con dignidad, pujanza y majestad, como si fueran eternos.



Entremos en este refugio. Las secoyas alcanzan alturas prodigiosas. Nos envuelve una sensación profunda de sombra y tranquilidad. La secoya puede vivir en el fondo de estos cañones más de 2.000 años, pero esto no es más que un pequeño fragmento de su historia. Troncos petrificados y huellas impresas por sus hojas nos revelan una historia mundial de 140 millones de años. Siguiendo los cambios atmosféricos del globo, nacieron y desaparecieron nuevas especies en Europa, Asia y América del Norte. Francia, Japón e incluso Spitzbergen atestiguan su presencia. La distribución geográfica de estos árboles empezó a disminuir hace unos 50 millones de años, a medida que el clima se hizo más frío y seco. Ya en la era glacial, California constituyó su último refugio. Hoy en día, la secoya sempervirens crece a lo largo de la costa de California, entre Monterrey y el extremo suroeste del estado de Oregón. La secoya gigante, pariente cercana de la secoya sempervirens, crece únicamente en las faldas de Sierra Nevada.

A lo largo de la costa, las lluvias de invierno y las neblinas de verano proporcionan, durante todo el año, la humedad necesaria para la existencia de estos árboles. Tierra adentro, donde los veranos son secos, no pueden sobrevivir, ya que la evaporación de agua a través de sus hojas excede la cantidad que absorben sus raíces.

En este clima húmedo los incendios son raros; los troncos calcinados que vemos son resultado del último incendio importante, ocurrido hace 130 años. Aun en circunstancias en que otros árboles menores perecen, las secoyas sobreviven. Pocos árboles pueden comparárseles en resistencia al fuego (así como a insectos y a hongos). La madera contiene mucha agua, pero las resinas presentes en otras coníferas no existen ni en la corteza, ni en la madera de estos ejemplares. En este clima, y con esta características, las secoyas pueden medirse por siglos y en cientos de piés de altura. Existe un monarca en el norte de California cuya altura total es de 112 metros — el árbol más alto que se haya descubierto hasta el presente.

La secoya domina en Muir Woods, pero existen también otras plantas menores bajo esta gran bóveda forestal. Los alisos se yerguen como columnas blancas cerca del arroyo de Redwood Creek; el laurel de California se inclina inestable entre la sombra y la luz; el “tanoak” (árbol parecido al roble, cuya corteza contiene mucho tanino) sobrevive gracias a su tolerancia de las sombras más profundas. Musgos, líquenes y helechos añaden distintas tonalidades de verde.

